Prólogo

Mario Perniola

No creo equivocarme al afirmar que este ensayo de Miguel Ángel Quintana Paz se ubica dentro de una tendencia de las ciencias humanas orientada a estudiar aquello que resulta único, particular, irreducible a categorías generales: en otras palabras, aquello sobre lo que se centra la atención en tal corriente no es ya el fenómeno en su generalidad, sino la excepción, el caso específico, lo anómalo. En un momento en que todo se somete a valoración, según criterios generales no pocas veces arbitrarios o meramente estadísticos, parece más que nunca necesario moverse en dirección opuesta, hacia indagaciones que busquen estudiar la singularidad. No es casual en este sentido que durante los últimos años hayan destacado las obras de algunos sociólogos franceses, como Luc Boltanski, Laurent Thévenot, Lucien Karpic y Nathalie Heinich, que bajo aspectos diversos se mueven en la misma dirección: la búsqueda de dispositivos que, en una época caracterizada por un populismo hegemónico, nos permitan acceder al reconocimiento y a la grandeza dentro de todo tipo de actividades.

Una vez aceptado que se debe asegurar a todos la posibilidad de acceder a los estados de grandeza, de ello no se deriva que las sociedades humanas puedan sostenerse sobre una total igualación en insignificancia y degradación. Por otra parte, la excepción no puede reposar tan solo sobre una esencia, sobre una propiedad intrínseca, sino que implica una *acción* que se ejerce de muchas maneras y según complejas y sofisticadas estrategias. En otras palabras, es necesario pasar del horizonte de la *valoración* al de la *valorización*. Si la primera depende de una metodología científica, la segunda pertenece al horizonte artístico. Tal diferencia es evidente en la confrontación que Quintana Paz instituye entre el modo de investigar propio de Sherlock Holmes y el propio del padre Brown: el primero procede sobre la base de una lógica analítica, el segundo sobre la base de una intuición artística. Este aspecto no se le había escapado a Antonio Gramsci, que ya en una página de sus *Cuadernos de la cárcel* observaba que la novela policiaca hallaba en Chesterton su solemnización artística.

Gramsci continuaba matizando que el estilo del padre Brown es herencia del catolicismo «educado en conocer todos los recovecos del espíritu humano gracias al ejercicio de la confesión y a su función como guía espiritual y como intermediario entre el hombre y la divinidad», mientras el protestante Conan Doyle permanece ligado al «cientificismo» y a la psicología positivista. Ello nos invita a reflexionar sobre el carácter esencialmente artístico-estético del sentir católico y sobre la oportunidad de que este haga sombra tanto a su aspecto dogmático como al moralista, a la manera que quien esto escribe ha mostrado en el volumen *Vom katholischen Fühlen. Die kulturelle Form einer universellen Religion* (Berlín, 2012).

Es significativo que Wittgenstein, otro punto de referencia fundamental en esta obra de Quintana Paz, pertenezca a ese mismo horizonte cultural cuando procede a una deconstrucción de la noción de regla a través de un enfoque aparentemente muy distinto. Es digno de mención que también Wittgenstein rechace la herme-

néutica protestante, la cual reduce la excepción a una *interpretación* de la norma: en sus *Investigaciones filosóficas* (§§ 198-202) Wittgenstein sostiene que la regla es solo un *hábito*, un juego, una *praxis*, en suma: nada prescriptivo u obligatorio por sí solo. «No hay aquí por tanto ni concordancia ni contradicción» (§ 201): Wittgenstein parece sustraerse aquí a la oposición neta entre norma y transgresión basada en interpretaciones estrictas de la norma. La *valorización* no transgrede nada de nada, no se opone a una valoración: simplemente crea otra «tabla de valores», por decirlo con Nietzsche. Pero esta «transvaloración» es una acción que implica operaciones prácticas y simbólicas, organizativas y discursivas de carácter social. En otras palabras, el resultado final no es el anarquista, el rebelde, la «emboscadura» de Ernst Jünger. El «estar en contra», la alternativa, el antagonismo debe construir nuevos hábitos compartidos, nuevos juegos aceptados, que no descienden de principios éticos o políticos trascendentes, lo cual deja abierta también la posibilidad de retornar a hábitos y juegos del pasado, cancelados u olvidados.

En última instancia, ¿qué quiere decir la frase «no hay regla sin excepción»? Por un lado se estaría tentado de afirmar que existen solo excepciones y que la regla es una impostura, que ignora la relación de fuerzas real. Por otro lado, la transformación de la excepción en otro tipo de regla nos conduciría a una casuística no muy diferente a la emprendida por el jesuita Tomás Sánchez de Ávila (1550-1610) en su célebre *Disputationes de sancto matrimonii sacramento*, lo que en términos modernos se llama una «ética de la situación». Ninguna de las dos hipótesis me parece concordante con las intenciones de Quintana Paz, cuyo gran mérito consiste en haber planteado un problema del todo actual.